Más sobre una reforma

El compañero Juan Cualquiera, desde *El Porvenir del Obrero*, contesta a mi artículo titulado «La ilusión de una reforma», que se publicó en el número 153 de TIERRA Y LIBERTAD. Me place en extremo el concepto que de estas pequeñas polémicas tiene mi buen amigo, pues sin descender a los personalismos, hecho que por desgracia se produce muy a menudo, trata la cuestión desde el terreno de las ideas, que es precisamente la única forma agradable para sostener con seriedad y provecho esas conversaciones. Es, pues, en el mismo concepto que deseo contestar a sus consideraciones, aunque me permitirá el amigo que sea ésta la última vez que lo verifique, por haber quedado ya expuestos debidamente nuestros respectivos puntos de vista.

Sí; califiqué de exageradas las alabanzas que a las reformas de Lloyd George dedicaba, no sólo el compañero Juan Cualquiera, sino también y más acentuadamente el compañero Tarrida del Mármol. Y para demostrarlo aporté datos e hice comparaciones al alcance de todos. Siento decirlo; pero mi contrincante no me deshace ninguna de mis demostraciones ni me desvirtúa ninguno de mis argumentos.

Una cosa es generalizar y concretar es otra cosa. Yo entiendo que en estas cuestiones debe concretarse, con objeto de apreciar el exacto valor de las ventajas otorgadas. Y concretando demostré que organizándose particularmente los trabajadores y con sus propias cuotas, obtenían mayores beneficios que los que el Estado inglés ofrece, teniendo en cuenta que los trabajadores de la Gran Bretaña están *obligados* a entregar a su gobierno una cantidad igual a la que abonan los afiliados a nuestros montepíos. Es más; el Estado inglés recibirá de los patronos una cuota destinada al mismo fin, sin que dichos patronos perciban ningún seguro cuando estén enfermos; por consiguiente, se recauda el doble de lo que recaudan nuestros montepíos, y si éstos con buena administración llegan a cubrir gastos y aun a tener dinero en caja, ¿no podrá cubrirlos también el gobierno inglés con las cuotas que cobre? Llegado el caso, podría demostrar por medio de números que, bien administrados dichos seguros, todavía producirían algún beneficio al gobierno. Sáquense cuentas y se verá que no exageramos. ¿Dónde están, pues, esas ventajas?

Demostré también que las pensiones para la vejez era otra camama de la que protestaban hasta los mismos trabajadores ingleses, aunque de una manera encubierta por tratarse de los propios partidarios del parlamentarismo. La declaración del Congreso de las Trade-Unions, que ya cité, creo que no pasó desapercibida para el compañero Cualquiera, pues tiene más importancia de lo que a primera vista parece, aunque podría citarle otras declaraciones mucho más demostrativas del estado de ánimo del proletariado inglés respecto de los seguros obreros.

El seguro contra el paro sólo será percibido por el mísero esclavo que falto de arrestos para rebelarse contra la explotación imperante, caiga sin sentido en medio de la calle por efecto de la inanición. Para el rebelde, fíjese bien el compañero Cualquiera, para el que no transija con todas las arbitrariedades del burgués y se quede sin trabajo, ¡ah! para aquél no habrá seguro, ni solidaridad, ni reconocimiento del sublime principio del derecho a la existencia. Es decir: sométete y recibirás la limosna; rebélate y la guardia civil o el policía o el soldado se encargará de complacerte. ¡Ah, cuán sublime es todo eso!

Dije en mi artículo que el gobierno inglés pudo hacer más de lo que ha hecho, y, sin embargo, no lo intentó. ¿No dice nada a mi contrincante el hecho de que se destinen a todas horas millones y más millones para la marina de guerra y en cambio se dé a los obreros unos contados chelines ingresados por ellos mismos? ¿Por qué no se niega Lloyd George, como ministro de Hacienda que es, a ser cómplice de aquel vergonzoso despilfarro y no destina aquellos millones a mejorar más y en forma más positiva la situación de los desheredados?

Cuanto dejo expuesto como repetición de lo dicho ya en mi anterior artículo, no lo ha rebatido ni contestado el amigo Cualquiera. Acaso me objete que eso es concretar o detallar demasiado. En punto a ventajas concedidas por un gobierno, los trabajadores sólo deben tener en cuenta la parte práctica de las mismas. Todo lo demás son palabras, palabras y palabras.

El compañero Cualquiera reconoce a su vez lo exiguo, lo modesto de aquellos seguros; para él lo interesante es la novedad introducida en la legislación inglesa *reconociendo* al trabajador el derecho a la vida. Se reconoce el derecho, pero ¿se hace efectivo? Mi amigo, que tiene más experiencia que yo en las luchas sociales por haberlas vivido más tiempo, ya debiera haberse percatado de lo frágiles que resultan esos *reconocimientos*. También tenemos nosotros un artículo 13 en la Constitución, y, sin embargo, se nos persigue y se nos encarcela por emitir libremente nuestras opiniones. También se ciñó a la ley el Sindicato de institutores franceses, y esto no obstante, cuando al gobierno le vino en gana o no quiso que ingresara en la C. G. T. por encima de la ley y por encima de todo derecho disolvió aquel Sindicato. ¡Ríase el compañero Cualquiera de todo cuanto los gobernantes consignan en la legislación a favor de los desheredados! Cuando a aquellos les conviene, cuando los intereses del privilegio son atacados de una manera bien directa, entonces para ellos lo único valedero de la ley es lo que pone a salvo o ampara dichos intereses y dichos privilegios. No necesito presentar datos porque son bien elocuentes los que se obtienen en la lucha cotidiana.

¿Sabe mi amigo cuando se obtendrá de verdad el reconocimiento del sublime principio del derecho a la vida? Cuando desaparezcan de los Códigos el concepto y el principio de la propiedad individual, que otorga al propietario la tierra y sus frutos que a la colectividad pertenecen en derecho; cuando un hombre no explote a otro hombre usurpándole su labor. Entonces quedará reconocido el principio; mientras esto no ocurra, el gobernante no hará más que aplicar paliativos inútiles, sin que logre jamás armonizar ni hacer factibles ambos principios: el de la propiedad individual y el del derecho a la vida para todos los seres humanos.

Aunque Lloyd George obrara de buena fe, aunque el presidente de la república norteamericana fuese sincero en sus manifestaciones, aunque todos los jefes de gobierno actuaran con entereza, no por eso resolverían ningún problema. Y es que estos no dependen de tal o cual individuo, sino del conjunto de la sociedad; y cuando al capitalismo no le convenga una reforma, reducirá al silencio al gobernante reformador o le exigirá la transigencia. Si la oligarquía financiera de Inglaterra tolera a Lloyd George sus actitudes, es porque éste transige también con todo lo que dicha oligarquía desea. El compañero Cualquiera menciona el triunfo de los liberales ingleses en las últimas elecciones. Pero ¿cree, acaso, que la aparente derrota de los conservadores ha restado fuerzas al privilegio? No; Lloyd George es también el representante de ese privilegio, solo que se presenta bajo una denominación distinta, más modernizada, pero no menos arbitraria.

No crea Juan Cualquiera en la supuesta victoria de los liberales contra los conservadores en Inglaterra, ni de la Social Democracia frente al emperador en Alemania, ni del conde de Romanones contra Maura en España. Todo es pura ficción. En el fondo, todos esos triunfos aparentes no son más que el maquiavélico secreto de las modernas democracias, que simulan en los Parlamentos una falsa oposición del pueblo contra los poderes constituídos. Cuando se observa que no es el pueblo sino *sus representantes* los que realizan esa pseudo oposición y se descubren también las componendas de esos representantes con los gobiernos, entonces se cae en la cuenta de que las pretendidas victorias y los anhelados progresos es una nueva mentira del privilegio para engañar miserablemente a las masas ignorantes. Sin oposición parlamentaria la *lucha* cesaría, y la comedia de los farsantes que viven a costa del pueblo sería demasiado manifiesta. Lea Juan Cualquiera «La Democracia y los Hacendistas» y se convencerá de cuanto dejo dicho.

Lo único verdaderamente positivo que el desheredado podrá obtener, respecto a las mejoras circunstanciales, será lo que por medio de su organización y de su fuerza exija del propio Capitalismo. Todo lo que se le conceda por medio de la ley no dejará de ser bien efímero. ¿Que esto criterio o esta oposición, que se califica de sistemática y brutal, creará excepticismos y decepciones entre la clase trabajadora? ¡Desgraciados de los trabajadores si en vez de tener confianza en su fuerza, en su energía y en la justicia de sus aspiraciones, ha de alentarles las limosnas, las míseras limosnas que un gobernante concede!

No pretendo ser sectario ni me aferro a los odios de capillita. También yo siento una gran simpatía hacia todos los que sinceramente luchan por la igualdad humana; pero hay momentos y hay cuestiones en los cuales no es posible generalizar, sino que hay que llamar a las cosas por su nombre, concretar hechos, aportar datos y analizarlo todo serenamente. Y lo que sea sincero y justo que subsista; y lo que sea falso y engañoso que sucumba.

Tengo la seguridad de que mi amigo Juan Cualquiera no se sentirá molestado por mis apreciaciones, encaminadas únicamente a aclarar conceptos y puntos dudosos de unos problemas que a todos interesan.

FEDERICO FRUCTIDOR

El proletariado en marcha

En el Ateneo Pi y Margall, de la barriada de la Barceloneta, dió el domingo último una conferencia nuestro compañero Anselmo Lorenzo, desarrollando el tema con que encabezamos estas líneas.

Difícil es hacer una reseña de lo mucho y bueno que dijo. Ocurre con el viejo camarada que siempre nos gusta más lo último que dice. Sólo manifestaremos que el gran número de obreros que le escuchó se compenetró de tal manera con los conceptos expuestos, que al final demostró su conformidad con nutridos aplausos.

Creemos que el compañero Lorenzo entregará dicha Conferencia a algún grupo para que la edite, pues sería una lástima que no se entregara a la propaganda.

DE LA LUCHA

Puntualicemos

A mi amigo Fernando Vela

Ignoro las causas que pueden haber contribuido a que te formaras de mí un concepto tan sumamente equivocado.

Me consideras un polemista sistemático. Te equivocas, amigo mío. Discutir a cada momento en todos los terrenos con los que no sienten ni piensan como yo, constituye en mí una necesidad imperiosa que por convicciones y por temperamento tengo que satisfacer y a la cual no podría - ni siquiera en parte - sustraerme por mucho que en ello me empeñara.

Como ves, se trata de algo anterior y superior a mi voluntad puesto que la determina. Es—más que un sistema—una imposición brutal de mi manera de ser. Es una exigencia de mi particular modo de ver las cosas. Es uno de los deberes que nos imponen las ideas y que yo cumpliré gustoso mientras conserve la normalidad en sus funciones mi organismo intelectual. Es un mandato imperativo de la conciencia y la razón contra el mal y no sé, no puedo ni quiero hacer la menor tentativa de resistencia, porque son los únicos reguladores de la acción del individuo, que acepto como lógicos, justos y racionales.

Por eso me tienen absolutamente sin cuidado los juicios que acerca de mi mentalidad puedan formular los que me escuchan cuando hablo o los que me leen cuando escribo. Si sigo la corriente como si me aparto del coro general lo hago con sinceridad, sin otro guía que mis convicciones. Eso me basta.

* * *

Reputamos la polémica de indiscutible utilidad porque al mágico conjuro de las ideas en choque, se produce la luz capaz de llegar a las inteligencias envueltas en las nebulosidades del prejuicio y el error.

Ella atrae, seduce, encanta, cuando en la briosidad de la batalla centellea la luz radiante de ese porvenir hacia el cual avanzamos los anarquistas. Ella afirma seguros derroteros cuando los contendientes - elevando el tema por encima de todos los raquitismos personales se arrojan en ansias de saber y en quereres de justicia.

No es más en el fondo—que uno de los aspectos de la crítica, y a la crítica se lo debemos todo. Incluso nuestra justificación revolucionaria.

Y si hemos criticado la Moral, la Religión, el Estado y la Propiedad ¿por qué no hemos de criticar también una de las infinitas modalidades de la lucha que contra esos sangrientos anacronismos sostenemos?

¿Por qué no hemos de discutir con calor, con entusiasmo, con sinceridad cuál de las piquetas que están a nuestro alcance se adapta más, responde mejor a la vehemencia con que sentimos el ansia de destruír rápida y completamente todo lo que se opone a que tenga efectividad real nuestra afirmación categórica del derecho a la Libertad y a la Vida? ¿Hemos salido de un dogma para encerrarnos en otro? ¿Somos los fieles que evolucionan al compás del oráculo y están siempre dispuestos a adoptar sin previo e indispensable análisis la táctica que se le antoje aconsejarles o imponerles a su director espiritual? ¿No?

Pues entonces, ¿por qué prescindimos de las enseñanzas de los hechos que se producen diariamente? Quizás entrañan principios capaces de alterar nuestra manera habitual de ver las cosas.

Es dudoso el valor de las afirmaciones que no tengan por base casos concretos.

Y nosotros desgraciadamente tenemos el vicio de abandonar los únicos elementos valiosos de investigación - los hechos — para invadir el campo de las hipótesis y de las probabilidades.

Formulamos un juicio pero no de acuerdo con la realidad viviente que nos impresiona de aquello que estudiamos, sino adaptándolo a lo *que podría* ser según nuestras suposiciones, o a lo que *debería* ser según el concepto general que tenemos de las cosas.

Ello nos conduce a un fárrago de discusiones altamente perjudiciales ya que en lugar de irradiar luz, como se desea, embrollan el pensamiento hasta el punto de que la verdad objetiva escape a nuestra percepción. No medimos, no calculamos la enorme distancia que separa la *posibilidad*, de la *existencia* del hecho.

Esto encierra el secreto de una parte de los errores en que incurrimos. Es el principio fundamental de las desviaciones que todos lamentamos, sufridas en el terreno franco y abierto de la lucha.

Comparemos, pues, los hechos entre sí. Tenemos el deber de someterlos a un análisis sereno y cauteloso, y de inclinarnos ante la evidencia de sus demostraciones.

Pero hagámoslo sin *partit pris*, sin la idea preconcebida de oponerles una resistencia sistemática, sin prejuicios, sin apasionamientos, sin nada - en una palabra—que tienda a destruír el efecto que en uno u otro sentido pueda producirnos. Busquemos tú como yo - sin otro acicate que nuestro amor al mañana feliz que nos alienta las causas, las circunstancias, los factores que determinan la diferencia casi esencial en el modo de apreciar las tácticas, sistemas o procedimientos que en la lucha debemos emplear.

Si de las deducciones que nos sea dable hacer se desprende una enseñanza, aprovechémosla, ya que ello puede acelerar el advenimiento definitivo de la Revolución Social, y de su inevitable consecuencia: La Anarquía.

* * *

Graujuan afirmaba hace cuatro años en las columnas de *La Guerre Sociale*, produciendo general estupor y sin aducir una prueba, naturalmente, que *le syndicalisme se suffise a lui meme*.

Y es que juzgaba por los resultados teóricos del Congreso de Marseille haciendo extensivo irreflexivamente a la colectividad, lo que es tan solo obra de unos cuantos individuos.

Dos años más tarde, como para desmentir la afirmación de Granjuan, la Confederación General del Trabajo se hacía responsable directa sin justificación ni excusa, del estrepitoso fracaso de la huelga de ferroviarios, dándonos así otra prueba—la más evidente entre todas—de su apego a la legalidad, y de su impotencia.

En un momento redujo a cero el valor de todas las afirmaciones sentadas en sus Congresos y vió rodar por el suelo su dignidad a las mismas plantas del mal único y odioso de los apóstatas que quiso pisotearla ostensiblemente, para deleitar a la burguesía republicana, seguro como estaba de que su crimen quedaría impune.

El capitalismo francés pudo dormir tranquilo. Briand, el autor anónimo del *Manual du Sabotage*, que se dió cuenta de *visu* hace ya tiempo de lo que es y de lo que vale en realidad la Confederación General del Trabajo, le daba todo género de seguridades. El inexpugnable baluarte de las reivindicaciones proletarias, —cuya solidez revela, según Pouget, el grado de capacidad que alcanzan sus arquitectos, comenzaba a desmoronarse. Era el principio de una próxima y completa bancarrota. Eran los primeros síntomas de la asfixia producida por el incienso.

No nos damos cuenta, de que los que toman parte en un Congreso y votan las mociones más atrevidas están en su mayoría emancipados intelectualmente, pero no llegan al uno por ciento del número total de asociados, ni reflejan el criterio predominante entre aquellos a quienes representan, que no entienden, por desgracia, una palabra de los puntos que en una asamblea se debaten.

Y así nos vamos acostumbrando a darle al sistema representativo - falso y engañoso por todos conceptos - igual o mayor importancia que los mismos parlamentaristas.

Por eso le hemos atribuído a la Confederación General del Trabajo, tanto valor y tanta importancia en las luchas y en la solución del problema social, cuando en realidad tiene tan solo lo que las otras organizaciones. Un núcleo más o menos numeroso de individuos inteligentes y activos, - cuya labor en mi concepto, como trataré de demostrar, sería doblemente fructífera si actuaran independientemente de ella - y una multitud acéfala que no tiene, que no puede tener criterio ni convicciones y que irá a la Revolución cuando sepamos aprovechar debidamente la enorme suma de energías que representa.

Si la Confederación tuviera en realidad colectivamente criterio y hubiere entre sus componentes la cohesión que algunos, estudiándola superficialmente y a distancia le atribuyen; si realmente los elogios que a diario se le prodigan fueran merecidos y abonada la justicia de los mismos, por hechos, por casos prácticos, por resultados positivos; si realmente existiera algo en que fundarse para creer que la organización de los trabajadores franceses por su perfeccionamiento y su valor estará en condiciones dentro de algunos años de poner en jaque a la burguesía y al gobierno llegando a constituir un grave peligro, a estas horas, o desde mucho tiempo la habrían disuelto sin gran esfuerzo.

El proletariado español que por su cultura, por su actitud y por su espíritu revolucionario—aun cuando esta afirmación haga *boudir* a los *francesistas*—está muy por encima, es incomparablemente superior al proletariado francés, vió disuelta la suya hace poco más de un año.

¿Se debe a que los gobiernos sean más reaccionarios? ¿A que la burguesía sea más infame? ¿A que el derecho de organización sea en España más restringido?

No, ciertamente. Se debe tan solo a que la Confederación española era más amenazadora, más vigorosa, más potente, y tenía una capacidad revolucionaria incomparablemente mayor que la francesa.

Como entidad que tiene agrupados más de quinientos mil trabajadores, ofrece a simple vista el aspecto de un poder tremendo, capaz de contrarrestar o de poner coto a las demasías y a los cada día crecientes abusos del capitalismo y del Estado

En el fondo no hay tal cosa. Lo prueba harto elocuentemente la experiencia viva y dolorosa de los hechos que han costado al proletariado mucha sangre y muchas lágrimas.

Nos ocuparemos de ellos con detenimiento en sucesivos artículos.

EUSEBIO C. CARBO

Marseille, 26-3-1913.

El derecho a la salud

La política y los obreros

Obran ya en nuestro poder ejemplares de estos dos foiletos, siendo el primero una conferencia dada en el Ateneo Barcelonés por nuestro compañero Anselmo Lorenzo, bajo los auspicios del Instituto Médico Social de Barcelona.

El segundo es también otra conferencia del compañero Tomás Herreros, escrita para los obreros de Cervera del Río Alhama y editada por los compañeros de Logroño.

Véndense en esta administración al precio de 10 céntimos cada uno, con el acostumbrado descuento á los corresponsales.

RÁPIDA

Los emancipados

He visto, días pasados, en Barcelona, al obrero de ayer, hoy convertido en servil esclavo de la burguesía.

Ante su presencia, reposada y tranquila, han desfilado por mi imaginación las efigies de los Briand, Jaurés, Millerand, Ferri...

Me ha producido su vista el efecto del charlatán que en la plaza pública, con cuatro palabras hueras, embauca tontos y alucina imbéciles atento únicamente a su medro personal y sin parar mientes en los males que causa a los que con sus servicios pretende hacer un beneficio...

Convertido en diputado obrero por la magnanimidad de la burguesía, a los proletarios inconscientes de su deber toca el subvenir a las necesidades de este individuo que abandonó el trabajo para convertirse en redentor... de sí propio.

Y he pensado también en las nociones de moralidad que este sér demuestra, convirtiéndose en asalariado de los asalariados y permitiéndose vivir con las miserias reunidas de hombres-parias que se quitan unos céntimos de sus estrechos salarios ..

Y mientras, en el lok-out madrileño el ministro de la Gobernación aconsejaba a los comisionados obreros que se guiaran de los sabios consejos del leader...

Este es el resultado de la política y del sindicalismo a base múltiple. Se crean jefes, leaders, ambiciosos y despreocupados que solo tratan de abandonar el trabajo y de buscar su emancipación individual, porque la masa—dicen—no está aun en condiciones de emanciparse, pero sí en situación de pagarles a ellos el precio de su fingida inteligencia que figuran poner al servicio de los desheredados...

Y también digo que si pensamos en no comisionar a nadie para que haga a sueldo lo que es deber de consciencia que hagamos nosotros, esta sarna del proletariado que conocemos con el nombre de socialistas parlamentarios desaparecerá, y con ellos desaparecerán los vividores erigidos en leaders y jefecillos, chupópteros insaciables.

Hagamos por ello.

E. BOAL

El crimen y el castigo

Tratóse de suprimir la pena de muerte y por un momento pudimos creer que íbamos a desembarazarnos de esta siniestra pesadilla. Nos regocijaba que en Francia no se repetiría ya más semejante ignominia. Pero parece que nuestros burgueses han decidido lo contrario. Conservarán la guillotina.

Por lo demás es una simple cuestión de sentimiento y de decencia. Nuestras costumbres tenían un gesto innoble que podía desterrarse. Y esto es todo. Porque no vaya a imaginarse que la naturaleza del castigo tenga alguna influencia sobre el crimen. Unos cuantos señores discutiendo en el seno de una comisión no pueden nada en estas clases de cosas.

Cortad el criminal en pequeños trozos, encerradle—¡por humanidad!—en una celda en la que no tardará mucho tiempo en volverse loco, ó dejadle libre de recomenzar sus hazañas; nada habréis conseguido mientras no hayáis tocado la causa profunda del crimen. Y esta causa, es necesario decirlo, no es otra, en una amplia medida, que nuestra actual sociedad.

Sabemos bien que los individuos llevan consigo ciertas taras que les predisponen al acto antisocial. Pero también sabemos que estas taras en un ambiente contrario a su desarrollo podrían ser aniquiladas hasta volverse inofensivas, mientras que se extienden, maduran y se irritan en un medio de cultivo laborable.

Ahora bien, en vano buscamos, no vemos bien que más puede hacer una sociedad como la nuestra, cuyo objetivo confesado es excitar, en el corazón del hombre, los instintos más peligrosos.

De un lado, la miseria con su espantoso cortejo de sufrimientos, de fealdades y de vicios. De otro, la riqueza insolente, con un refinamiento de placeres y de bienestar como jamás conoció época alguna. ¿Y no queréis que nazca en algunos el deseo enfermizo, que se les arraigue la idea de corregir esta cruel desigualdad por medio de la apropiación brutal, inmediata, de una riqueza?

No conocerás ninguna alegría si no sabes conquistar un poco de este oro, que es la razón suprema y el medio universal, nos dice a cada paso, a cada momento, de cien modos perentorios, la sociedad burguesa.

La mayor parte—los llamados seres normales—llegan a obtenerlo por medio de un trabajo encarnizado, por la habilidad, por la astucia y por unas cuantas infamias que están permitidas, o se resignan a no poder poseerlo. Algunos, más ardientes en el placer, menos aptos en el trabajo y la resignación, más cerca también de la primitiva violencia, emplean el asesinato y el robo.

Cesemos de tomar la palabra crimen en su sentido restringido para devolverle su significación completa, humana. Tengamos el valor de mirar a la cara de las cosas y llamarlas por su nombre, y veremos que no solamente la sociedad burguesa es una perpetua y clara invitación al crimen, sino que lo traspira por todos sus poros, que ella misma es un crimen. He aquí el patrono, es decir, en definitiva, el dueño, el tipo y la gloria de esta sociedad. ¿Y qué hace este patrono, para enriquecerse, sino condenar a su personal a ciertos trabajos que se sabe positivamente que son mortíferos? Como el apache que se introduce de noche en casa de una vieja y la estrangula, el patrono mata para robar.

Hasta nuestra democracia hipócrita e irrisoria está hecha para sobreexcitar las codicias y para armar el brazo del asesino. Dais a todos, decís, el saber que moraliza y ennoblece. Pero a los pequeñuelos de los pobres les enseñáis justito a saber leer en el periódico la descripción de los placeres que no conocerán.

En todos los tiempos hubo ciertamente «pobres y ricos». Por lo menos hace mucho tiempo que los hay. Pero jamás los pobres sintieron como ahora la cólera, la desesperación y la vergüenza de ser pobres. En los viejos tiempos, los desheredados miraban desde lejos la esfera brillante de la riqueza y del poder. Hoy tienen derecho a entrar, ver y tocar. Se les admite que palpen la golosina. Jamás la miseria olió como ahora de tan cerca la opulencia. El hambriento puede pegar su boca a los cristales del almacén que ostenta el menú esperado por el capricho de los hartos. El sediento de placer carnal y que no tiene con qué pagarlo—porque el amor también se paga—frota su grasienta blusa con la bella dama que tan bien huele. El que va descalzo puede solazarse cuanto quiera con la vista del brillante automóvil. ¡La calle es de todos y todos somos iguales ante la ley!

No les falta del todo razón a los reaccionarios cuando dicen que la criminalidad moderna es una resultante de los *Derechos del hombre*. Lo dicen porque quieren volver atrás. Nosotros decimos lo mismo porque vemos que es necesario ir mucho más lejos.

Por su mismo principio la sociedad burguesa aparece ya claramente como una consejera de violencia, una educadora de asesinato y de rapiña. Precisará entrar en el detalle, mostrar las mil potencias, las mil miserias morales y fisiológicas en que se resuelve el principio de explotación y de lucha fratricida y su infinita repercusión en todos los modos diversos que cercenan la vida del individuo, y entonces comprenderíamos como algunos, en lo alto y en lo bajo de la escala, pues en los dos extremos es donde la corrupción social obra mejor, están fatalmente condenados a este estado de abatimiento, de cobardía y de inconsciencia que no les deja resistir a las sugestiones de los bajos instintos.

Y esto es lo que precisamente se olvida cuando al criminal se le hace responsable de su crimen. Nuestro carácter y nuestra conducta se determinan y se fijan por mil influencias distintas que acaban por encerrarnos en su red y nos mantienen así en el bueno o en el mal camino. Somos prisioneros de una atmósfera. El ser normal es siempre un hombre fuertemente arraigado. Se arraiga ante todo por el interés de su trabajo y de su obra social. El criminal es un desarraigado por excelencia, un individuo a quien nada lo ata ni retiene cuando la bestia primitiva llama a su puerta. Nunca será bastante grande la parte de culpa que atribuyamos a la sociedad, a esta sociedad de inseguridad y de miseria, sociedad del trabajo incomprendido y del trabajo maldito, cuando busquemos la causa del crimen.

Con razón se dice que la pereza es la primera causa del vicio y del crimen, ¿pero por qué no buscamos en seguida las causas de la pereza?

Aisláis el crimen de lo que lo explica; lo extraéis del medio en que lentamente creció; nos lo presentáis completamente desnudo, entre dos gendarmes, con aquellos solos detalles que pueden hacérnoslo odioso, la sangre y el cuchillo y la conmovedora inocencia de la víctima. Proceded, pues algo más según el método de las ciencias, vosotros que reclamáis ciencia. Colocad nuevamente el crimen en el ambiente del cual arbitrariamente le habéis arrancado. Atad todos los hilos que le retienen al conjunto social de que forma parte; buscad las causas y los orígenes más lejanos; averiguad la génesis, por lejos que esté y sea necesario buscarla. No os olvidéis de nada.

Y entonces sentiréis que el crimen odioso, el horrendo crimen chorreando sangre, os toca de cerca. Este asesino que habéis relegado al rango de las bestias, será poco a poco hermano vuestro. Y comprenderéis tal vez que habría bastado poquita cosa para que entre él, el criminal y vosotros, gentes honradas—jueces, jurados, criminalistas, diputados,—se hubiesen invertido los papeles; sí que faltó muy poco para que vestido y condecorado como vosotros, perorara en vuestro lugar sobre la pena de muerte, mientras vosotros esperabais en la celda a que os la aplicaran.

Los que benefician con el orden actual tienen interés en demostrar que este orden es perfecto. Reprimamos ferozmente el crimen, se dicen: la masa inconsciente continuará creyendo que si castigamos sin compasión al criminal es porque él solo es responsable. Al tratar de acabar con el verdugo nuestros buenos burgueses se han acordado solamente de la única actitud que está acorde con sus intereses de clase.

Nuestro deber de anarquistas y de revolucionarios está en demostrar lo contrario. Puesto que es exactamente lo contrario.

La sociedad burguesa contribuye a fabricar el criminal antes de castigarle. Y es por esto que el castigo nos subleva más que el mismo crimen.

Para detener esta criminalidad ascendente no hay otro remedio que la sociedad de justicia, de igualdad y de trabajo libre que queremos fundar nosotros: los anarquistas.

No decimos que este remedio será soberano, que enderezará como por encanto todas las desviaciones. Tal vez existirán siempre anormales e inadaptados. Serán unos enfermos a quienes tendremos que cuidar con paciencia, curar con dulzura, con interés. Y no los arrojaremos como bestias al tajo de la guillotina.

CARLOS ALBERT

Consejo de Guerra

Nuestro querido compañero León Arnaez, que del penal de Valencia había sido trasladado a esta capital, compareció el 24 del mes pasado ante el Consejo de Guerra para ser juzgado por el supuesto delito de falso testimonio, con ocasión de un artículo publicado en este periódico y denunciado con arreglo á la ley de jurisdicciones.

Como es costumbre en los tribunales militares, tardará varios días en saberse el resultado del Consejo, aunque no abrigamos la esperanza de que sea absuelto.

Mucho celebraríamos que no se confirmara nuestro pesimismo, pues ya pesan sobre Arnaez 17 años de presidio como consecuencia de la última huelga de metalúrgicos y su estado de salud es poco satisfactorio.

De Buenos Aires

Hermoso fué el principio de la agitación agraria de los colonos en dos provincias de Sud América. El entusiasmo es debido a que la protesta fué unánime y todos como un solo hombre levantaron la voz contra los egoístas propietarios de las tierras. La situación económica del pobre colono es precaria, pues si la tierra se pagaba antes a 14 ó 16 pesos por cuadra, ahora páganse 40 y hasta 45.

Un chacarero que tiene 400 ó 500 cuadras de terreno, [illegible] pagar al propietario la enorme suma [illegible] 23 506 pesos por año. Esos son los gastos de alquiler; luego vienen las sementeras, la peonada, la trilla, acarreo, etc., etc.; total, que admitiendo una buena cosecha puede el chacarero quedarse con algún dinero; pero, ¿y cuándo va mal la cosecha?

Ya hace tres o cuatro años que las cosechas no son halagüeñas, salvo este último, que fué abundante.

Los propietarios que tranquilamente pasan la vida en las grandes ciudades sin pensar que el pobre chacarero tiene que trabajar todo el año solamente para pagarles el alquiler, no ven el dolor y las privaciones a que tienen que sujetarse para pagar los grandes gastos.

Así es que el movimiento está planteado y cada día va tomando mayores proporciones, amenazando extenderse por toda la república. La intransigencia de los propietarios es provocadora y en vez de mostrarse condescendientes rebajando un poco el exhorbitante alquiler, se hacen los indiferentes sólo por provocar algún grave conflicto.

El Gobierno, que en este caso podría intervenir en defensa del colono, puesto que se trata de parar la producción, que constituye la riqueza nacional, hace oídos de mercader.

La Federación que inició este movimiento ve coronado por el éxito sus trabajos, por el entusiasmo que demuestran los colonos.

Ahora que es la época de la siembra y de comenzar la labor con fiebre, son numerosos los que abandonan las tierras.

De continuar así, ¿a qué extremo llegará la situación de la gran república?

Los millones que se gastan en buques y otras cosas inútiles: el continuo desembarco de millares de séres; la escasez de trabajo que se nota por todas partes; el encarecimiento de la vida y los elevados alquileres de casas; la imbecilidad de los gobernantes y tantas otras lindezas, serán solucionadas por algún gran sacudimiento.

La bancarrota de la República Argentina será originada por la avaricia de los de arriba, y en vez de progresar este fecundo suelo, será abandonado por los trabajadores, víctimas de la más ignominiosa explotación burguesa.

* * *

Las cigarreras de varias marcas están en huelga, porque las compañías les rebajaron el jornal y ellas, indignadas, declararon abierta lucha, después de reunirse tres veces, hasta conseguir completa victoria.

También los sastres israelitas, de la sección de confección, declararon la huelga en vista del encarecimiento de la vida y de los bajos precios que pagan por la mano de obra.

* * *

El domingo, 23 de febrero, se realizó un mitin de protesta contra la ley de *crimen* social y de residencia.

Después de recorrer animosamente algunas calles de la capital nos dirigimos a la Plaza Colón, donde hicieron uso de la palabra varios compañeros, entre ellos Carlos Balsán, Barcos, Gutiérrez y Pacheco. Todos fueron muy elocuentes, disertando sobre la necesidad de agruparse para intensificar la campaña, hasta que sean derogadas estas leyes infames.

El compañero Pacheco hizo un análisis sobre la actual desbandada, y después de recordar aquel entusiasmo de hace dos años concluyó diciendo que los pocos que restan son los que templaron su conciencia en el entusiasmo general que reinaba antes de las represiones.

Vuestro y de la R. S.

MARIO MASSA

VIDA ANARQUISTA
se ha puesto a la venta este libro escrito por
ANSELMO LORENZO
que forma un tomo de 208 páginas, segundo de la BIBLIOTECA «TIERRA Y LIBERTAD» al precio de UNA PESETA ejemplar
Pidiendo más de 5 ejemplares se hace el 25 % de descuento

Resultado de un proceso

El día 27 del mes pasado se celebró en la Audiencia de esta capital el juicio por jurados contra los compañeros que componían el Consejo directivo de la Federación Obrera de Sabadell.

Se les acusaba de una porción de delitos, incluso el de asociación ilícita; pero en sí no era otra cosa que el deseo de, por medio do un proceso iniciado por la burguesía sabadellense, cortar el hermoso movimiento huelguístico que, gracias a la solidaridad obrera, había llevado el pánico a las cajas de caudales de los fabricantes.

A pesar de los grandes argumentos de que se proveyó el fiscal y de las 79 preguntas de que constaba el veredicto, el jurado, en 60 minutos, contestó con un *no* a todas ellas, siendo absueltos los compañeros procesados.

Claudicante

Ante el humano dolor
yo le vi sembrar rencores
que, transformados en flores,
dieron por fruto el Amor.

Pero ¡ay! pronto el sembrador
se olvidó de sus rencores
y por mendigar favores
dejó marchitar la flor.

Y en el jardín solitario
sólo quedó el visionario,
en la más triste horfandad.

Y es que al dejar esas flores
huyeron de él los amores
y perdió su libertad.

R. SERRANO

Del Uruguay

Acá, como ahí, monarquía o república, con liberales o conservadores arriba, los anarquistas son por igual tratados: como bestias feroces a quien hay que perseguir y hostilizar por todos los medios.

América del Norte con Ettor Giovanotti, Aldamas, Mac Hamara, Magón, Figueroa, Rivera y tantos otros más; en España, Rusia, Francia, Alemania, Italia, son igualmente perseguidos infinidad de camaradas, víctimas de complots policiacos; la vecina República Argentina, país de represión do impera la más absurda tiranía, aun retiene muchas víctimas de la infamia policiaca dentro de la ergástula: Romanoft es un ejemplo.

Aquí, en la llamada Suiza Americana, con un gobernante *modelo*, avanzado de liberalismo, también la policía, para no ser menos que la de otras partes, fabrica su pequeño complot para meter en la cárcel a un inocente.

En todas partes, la *justicia* anda coja y la policía ligera en demasía cuando de anarquistas se trata. Cierto es que no descollamos en la defensa de nuestras víctimas. Atropellos y hasta crímenes policiacos contra algunos libertarios, sólo producen una ligerísima y suave protesta de parte de los conscientes camaradas. En realidad, para dar una carga a fondo contra las instituciones, es preciso que caiga de cuando en cuando la mano pesada del enemigo sobre elementos que, por el lugar que ocupan al frente de la propaganda, ocasionan una agitación provechosa entre el proletariado.

Actualmente, aquí sucede esto precisamente.

El secretario de la Federación Obrera está detenido y acusado de haber colocado un ridículo petardo—inofensivo en sus efectos materiales—en un hotel, donde se hospedaba la élite de la burguesía argentina, que pasa aquí el verano.

Tranquilos cenaban los burgueses cuando una tremenda explosión se produjo, ocasionando desmayos y poniendo alas en las piernas de los valientes.

Y como siempre: la policía juzgó que sólo un obrero podía ser el autor de esa broma de mal gusto. Es criterio policial ver en cada obrero un delincuente. Pero entre los obreros mismos saben determinar categorías y definir responsabilidades de acuerdo con la conveniencia mayor para la institución policial. Así en este caso—igual que en otros producidos—la policía no hace autor del hecho a un simple obrero. Dirije sus golpes a la cabeza directamente, acusando y encarcelando al secretario general de la Federación, organismo representante de todo el proletariado organizado de esta región.

Entre Suárez, secretario de la Federación y un obrero sin mayor figura propagandista, la elección no es dudosa. Con Suárez se obtiene: anulación de un elemento activo al frente de los trabajadores: descrédito de la Federación y justificación legal para perseguirla como a una entidad terrorista; alivio para la clase capitalista que vivía sobre un terrible volcán, pronto a estallar; trascendencia exagerada por la prensa que cubre de aplausos a la policía por su celo en la defensa de la sociedad, y premios que estimulan en la policía repetir estos casos el mayor número posible de veces.

A raíz de producido este hecho, se señaló claramente quienes podían beneficiarse con él y siguiendo ese camino encontrar el autor o autores de esa broma terrorista.

En primer término se consideró que bien podía haber andado por allí la mano de la policía argentina, práctica en estas cosas, como es del dominio público, desde la casi comprobación de que fué obra policial la bomba del teatro Colón de Buenos Aires. También se pensó en un complot contra la Federación, cuando se supo la prisión de su secretario, cosa en verdad que no tendría nada de estraño y muy posible. Pero la más verosímil de las suposiciones—después de la que atribuía a la policía argentina un interés marcado en alarmar con actos de terror a la opinión pública uruguaya, ocasionando la adopción de medidas contra los numerosos libertarios expulsados de Buenos Aires y aquí refugiados, así como leyes liberticidas de persecución al anarquismo—fué aquella que suponía al autor del petardo de frac y guantes blancos, respondiendo al mandato de un fuerte núcleo de capitalistas argentinos empleados en otras playas, que en la prensa han hecho publicar las mayores mentiras respecto a Montevideo, a fin de encauzar a su molino la corriente de oro que aportan los millares de veraneantes argentinos y brasileños a esta ciudad.

En realidad, si como es voz pública, esto fué, a fe que consiguieron en parte lo que se proponían, ya que un éxodo de familias, como bandada de pájaros, se produjo rumbo a otros lugares que ofrecían mayores garantías de tranquilidad. ¿De qué recursos no echará mano un capitalista para que prospere su negocio y se arruine el del vecino?

Mientras tanto, Suárez sigue preso a pesar de haber probado que es inocente. Y si no se adoptan medios más enérgicos que las manifestaciones pacíficas por las calles, corre peligro de quedar dentro de la cárcel una temporada larga.

Esto viene a convencer a muchos de que para los anarquistas no hay buenos gobiernos: todos son igualmente malos.

También hay que reconocer que para defender a nuestros camaradas de los ataques policiacos se necesitan medios más prácticos, con menos palabras y más hechos.

JOSÉ L. TATO

Montevideo, 14, 2, 1913.

Pensamientos

Salía del taller después de una larga y penosa jornada. El cielo estaba preñado de blancos nubarrones. La nieve caía copiosamente. Las calles estaban completamente desiertas, viendose, solamente de vez en cuando, la triste silueta de algún obrero que se dirigía a su casa. De los potentados palacios salían densas columnas de humo. La desolación era completa.

En mi casita me aguardaba la compañera tiritando de frío y sin lumbre para calentarse.

Cenamos los dos, y abandonando por un solo día el punto que para cambiar impresiones y enterarnos del movimiento obrero tenemos varios compañeros predestinado, busqué, entre mis libros y folletos, con qué expansionarme un rato. En ellos encontré pensamientos de los más grandes sociólogos contemporáneos. Por fin hallé muy oculto y por pura casualidad, un librito viejo, muy viejo; sus hojas estaban arañadas, como si el pobrecito hubiera alguna vez escapado de manos que querían destrozarle. Me llamó la atención y lo leí con verdadero interés. En una de sus hojas, la que por cierto estaba más deteriorada, vi la siguiente inscripción:

Labor de los socialistas parlamentarios, según... y no pude leer la firma por estar demasiado arañada.

Decía así: «Los socialistas de nuestros días tienen un gusto predominante y una función que les es propia; el sueño. Dormir bien, dormir blandamente, dormir mucho tiempo, volverse a dormir.

Tal ha sido hasta el presente su política, su filosofía y, según algunos, su habilidad.

Hay honrosas excepciones; pero es cierto que la mayoría de los socialistas entran en la categoría de los *durmientes*. Cuando una voz elocuente o una persecución turba su paz, entreabren un momento sus párpados y pasean una mirada apagada y espantada por el combate que se libra en su rededor.

Luego, se vuelven de lado, se ocultan la cabeza para huir de la voz importuna, se impacientan, murmurando del indiscreto que los ha despertado, y se vuelven a dormir.»

¿Comentarios? No hacen falta.

JUAN ROUGE

Manlleu, 3-3-1913.

MOVIMIENTO OBRERO

Para los campesinos. El 17 de abril.—Ese es el día señalado para la celebración de nuestro Congreso. Ese es el día en que en la capital de Córdoba se dejarán oir las voces de los esclavos del campo, de los seres más olvidados de la sociedad de la que son el primer factor, que ansiosos de mejorar su precaria situación se abrazan por mediación de sus delegados. Abrazo que llegará a todos los campesinos portugueses y españoles, y repercutirá en todos los corazones nobles y generosos del proletariado mundial consciente.

El 17 de abril dará comienzo a una nueva era de lucha en que el campesino portugués y español sin tener en cuenta que existe una frontera tan bonitamente cantada por políticos de todas clases, mandará sus representantes que fieles intérpretes de los deseos y necesidades de sus compañeros vienen de Portugal, Cataluña, Extremadura, Murcia, Aragón, Galicia, Castilla y de todas partes donde hay trabajadores agrícolas.

El 17 de abril es el día en que deben estar representadas todas las organizaciones de obreros campesinos de España.

Hermanos campesinos: El derecho que tenemos a defendernos como hombres y defender a nuestras familias que comparten esta miserable vida con nosotros, nos llama. Acudamos a las sesiones que darán principio en ese día.

El que de nosotros no contribuya a la gran obra que ahora principia y terminará con el triunfo de la justicia será bendecido por los tiranos del pueblo y, por lo tanto, llevarán el dolor a sus compañeros de infortunio que necesitan de su ayuda, porque sin ella no podrán hacer frente a sus enemigos que a la vez reirán burlona y agradecidamente de los rémoras, porque en sus procedimientos de esclavos resignados estriba su triunfo.

Campesinos: La burguesía contempla nuestra obra. Hagamos que sea esta lo más grandiosa.

Si así lo hacemos, el 17 de abril podremos gritar con la satisfacción del deber cumplido: ¡Viva la unión de los trabajadores campesinos portugueses y españoles! y tener la seguridad de que nuestro grito será oído por todos los esclavos de la tierra que no se conforman con las cadenas impuestas y hacen grandes esfuerzos para romperlas y acudirán a nuestra ayuda haciéndose solidarios de nuestra causa que es la suya. Y cuando esto suceda, el día de las grandes reivindicaciones no se hará esperar.

Por la Sociedad de Agricultores y similares de Córdoba, la Comisión encargada de los trabajos del Congreso, *Francisco G. Velasco*, *Manuel Giménez*.

Todas las organizaciones de campesinos de España que estén conformes con este Congreso deben de mandar su adhesión y los temas a discutir a la siguiente dirección: Manuel Giménez, calle Fernández de Córdoba, número 6, Córdoba.

* * *

Sociedad de Obreros Agricultores de Barcelona y su radio.—Hace tiempo que estábamos preocupados por una idea que ahora parece será realidad. Los compañeros agricultores de Jerez de la Frontera lanzaron la iniciativa de celebrar un Congreso, y éste se efectuará en Córdoba los días del 17 al 21 del coriente.

Acogida la idea con entusiasmo por las sociedades de agricultores de Barcelona y su radio, Prat del Llobregat, San Feliu y San Baudilio de íd , en reunión general extraordinaria acordaron presentar a discusión los siguientes temas:

1.° Abolición del trabajo a destajo.

2.° Si la Federación cuenta con un número de 18 á 20.000 federados publicar un periódico semanal que sea órgano de la Federación y portavoz de los agricultores y demás explotados.

3.° Abolir el trabajo de la mujer en el campo.

Fundamentamos estos acuerdos en las razones siguientes:

— 50 —

Bañados en esta placidez, discurrimos sobre la pequeñez que ante la razón posee la influencia tiránica de la religión y de la sociedad mixtificada en que se desenvuelve. Pero contando con el factor de la ignorancia, los privilegiados de todas castas extienden su poder y retardan la evolución feliz a que toda la humanidad es acreedora.

Ocasión se nos presenta de que en un templo de fanatismo, en una forja de sumisión se levante la voz de la verdad y el reproche de la rebeldía, que aunque modestos paladines de esa ascensión libertadora de la ciencia y del fundamento ácrata, no por eso deja de faltarnos empuje entusiasta para combatir ese monstruo de los prejuicios y de los atavismos que destruye las energías más preciadas del sér humano, entenebreciendo su construcción corpórea y estableciendo como premisa general una disminución de vida, en relación directa con la debilidad característica de la raza que tiende a agotarse por una muerte prematura.

Penetramos en el recinto religioso y un lego nos enseña todas las dependencias de que se compone.

En todo reina el buen orden y la limpieza, y esa necesaria disposición de hacinamiento humano en cuartel, convento, hospital o prostíbulo.

Visitamos también los sagrados lugares que contienen reliquias preciadas en el valor fanático de que hace gala la cristiandad. El pobre lego no hace más que genuflexiones y reverencias místicas y a la postre, después de varios convites al agua bendita, nos vemos obligados a confesarle nuestra impiedad y mofa de las cosas tan reverenciadas por los ciegos de entendimiento y los hipócritas de corazón.

No parece inmutarse ante nuestra declara-

— 51 —

ción y continuamos la visita silenciosos y graves.

Nos conduce a la sala-locutorio y nos previene la presentación del prior que no se hace aguardar.

Es un hombre de unos cincuenta años, bajo, rechoncho y de fisonomía vulgar. Su aspecto, pues, no indica que sea hombre capaz de hacer prosélitos.

No brilla en sus ojos esa exaltación ferviente de una fe viva que sin duda anima a los grandes apóstoles misioneros.

La proverbial maña, don de gentes, cultura y persuasión de que llevan fama los jesuítas quedan reducidas en este zafio representante a brusquedad, grosería, ignorancia y repulsión. Estos cuatro vicios contra sus opuestas virtudes, salen a relucir en cuanto le decimos que somos trabajadores y que lo mismo en Francia que en España, que en el mundo todo, sufrimos el yugo del salario mientras él y su comunidad y todos los explotadores se regodean en la ociosidad.

Aspiramos a que todos trabajen en una producción común en el disfrute de los elementos naturales y no podemos consentir que se siga embruteciendo a las nuevas generaciones con el fantasma religioso que disculpa los dolores de la injusticia social con la martingala de otra vida mejor en que cada uno tendrá su merecido.

La experiencia científica en sus análisis históricos, antropológicos y etnológicos ha demostrado la falsedad de los principios que aun nos rigen y el origen del hombre no es ningún efecto divino sino causa y evolución de las especies.

Se comprenderá perfectamente por la divulgación de estos conocimientos positivos que la disensión no puede establecerse con los que se